

# PRÓLOGO A

## Formas de poblamiento y formación de la personalidad

### Antología de textos de E.Terrón

Con el título *Formas de poblamiento y formación de la personalidad* se reúnen aquí una serie de artículos y notas del historiador, sociólogo y antropólogo Eloy Terrón (1919-2002) con centro en esa problemática. Inéditos hasta ahora, con una sola excepción, recogen los desarrollos al respecto del pensamiento del autor, en 1969 y entre 1978 y 1986, a partir de la interpretación de la naturaleza del hombre y su medio a la luz de su origen, por parte del biólogo evolucionista Faustino Cordón (1909-1999), y de la psicología paulovniana y los hallazgos más firmes de las ciencias del hombre y de la cultura en general.

Confinado en Guereña (Badajoz) pocos días antes de la declaración del estado de excepción impuesto por la dictadura franquista en febrero de 1969, Eloy Terrón tomó allí conciencia de la influencia de la distribución espacial de la vivienda en la psicología típica del campesinado como una cuestión del máximo interés para comprender la historia de España de los últimos tres o cuatro siglos: «Fuenteovejuna -concluiría- no podría darse (“¡todos a una!”) en el Norte».<sup>1</sup> Y, una vez de vuelta en Madrid, abordó el tratamiento sistemático de la cuestión -«Socialización del hombre y disposición de la vivienda. (En fase de realización)»-, centrándose de momento en la forma de poblamiento disperso y semidisperso, de los caseríos y aldeas del norte húmedo peninsular.

La producción de bienes materiales, la producción de hombres y la producción de la subjetividad (o conciencia) han sido siempre las tareas básicas de nuestra especie. Al carecer de reflejos incondicionados, el *homo sapiens* pudo crear un medio propio, transformando la naturaleza en una morada humana, como garantía de la supervivencia de los adultos y de la protección de las crías hasta su integración en el trabajo. En principio, la producción de la subjetividad se configura y se desarrolla en virtud de la adaptación al grupo, la comunicación verbal y el aprendizaje de la técnica. Pero, desde la aparición de la sociedad de clases, la producción de hombres (como reproducción de la fuerza de trabajo) pasó a ser una tarea adicional de una parte de ellos -los esclavos, siervos y obreros-, no de todos, con el consiguiente retraso histórico-cultural del desarrollo de la personalidad, en razón de la organización clasista, racista y dogmática de la sociedad. Un fenómeno, por cierto capital, para explicar la evolución de la sociedad española en general y para entender el predominio del factor religioso en la vida social y política de los españoles, en particular.

Por lo demás, las relaciones interpersonales son los cauces primarios a través de los cuales llegan al individuo los contenidos fundamentales que

---

<sup>1</sup> Véase el Apéndice 1: «Apunte sobre la disposición de la vivienda y la psicología del campesinado».

constituirán su subjetividad (su conciencia), en función de la frecuencia, fluidez, riqueza y desarrollo de las mismas. Dichas relaciones son la base de la construcción de la subjetividad en la infancia y la adolescencia, y de su desarrollo posterior en la adultez; el individuo forja su espíritu en sus relaciones personales con los demás.<sup>2</sup> Pero la frecuencia y la eficacia de las mismas ha estado históricamente condicionada por la disposición de la vivienda, como el factor objetivo quizás más determinante. De modo que, en tanto que la densidad de las relaciones sociales significativas explicaría el fomento de la libertad física y espiritual del individuo en los grandes pueblos y en las pequeñas ciudades, su pobreza sería la razón fundamental del desarrollo elemental de la estructura básica de la personalidad en las aldeas y caseríos.

Es más: el condicionamiento de la psicología de la población por la forma de poblamiento resulta clave para entender la España de los últimos 150 años, así como la larga persistencia del feudalismo en las regiones de población dispersa del norte peninsular, al constituir la dispersión y el aislamiento de la población la condición óptima para el establecimiento y el afianzamiento del mismo, con sus características formas de explotación y de violencia material y espiritual, o militar y religiosa.

«Por lo demás, esa pobreza de las relaciones sociales significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual, sobre todo, frente a esta última. La falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual, y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.»

«Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.»

Al poco de reintegrarse en la Universidad,<sup>3</sup> en 1978,<sup>4</sup> Eloy Terrón volvió sobre el tema. Las relaciones interpersonales son los cauces por los que el individuo recibe la mayor parte de la experiencia que va a generar su conciencia; y la disposición espacial de la vivienda, el factor determinante de las relaciones sociales en las sociedades agrícolas tradicionales, por su

---

<sup>2</sup> Véase el Apéndice 2: «La formación de la personalidad y las relaciones sociales».

<sup>3</sup> Había dimitido en diciembre de 1965 como profesor adjunto de ética y sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, sacrificando así su futuro profesional, para evidenciar su protesta moral y política ante la confirmación por el Tribunal Supremo de la separación de sus cátedras de José Luis López Aranguren y otros profesores universitarios, por haberse identificado con el movimiento estudiantil en pro de la democratización del sindicato universitario.

<sup>4</sup> Lo haría en el Departamento de Sociología IV (Sección de Metodología de la Investigación y Teoría de la Comunicación, Facultad de Ciencias de la Información, de la Universidad Complutense de Madrid), donde ejerció la docencia y la investigación hasta su jubilación en 1986.

repercusión sobre la educación de los niños y el comportamiento de los adultos (tacto social, simpatía, actitud para con los demás, limpieza, etc.). Esbozó, primero, un proyecto de tesis doctoral sobre ese tema de investigación:<sup>5</sup> y volvió a abordar después el estudio de «La vecindad, como condicionante de la personalidad», desatendido aquí incluso en el presente reciente, por el olvido *agrarista* de las agrovillas y agrocidades del pasado al enfrentarse con el trasvase masivo de la juventud del campo a la ciudad a impulsos del desarrollo industrial capitalista desde la segunda mitad de los años 50.<sup>6</sup>

En principio, se trataba del estudio comparativo de la influencia de los encuentros personales en la formación de la personalidad, tanto en las regiones de población dispersa y semidispersa como en las de población concentrada de las agrovillas y agrocidades de la Mancha, Andalucía y Sur de Extremadura, y en función de la tesis de partida: esto es, de la configuración sociocultural de la personalidad en razón de la frecuencia y variedad de los encuentros personales y del trato reversible con otros.

« La distribución espacial de la población (esto es, el tipo de vecindad) tuvo que ejercer (y ¿aún ejerce?) una influencia decisiva sobre la conducta de las gentes. Por un lado, porque las relaciones o, mejor aún, unos encuentros personales frecuentes y diversos contribuyen a configurar con vigor el núcleo profundo de la conducta: la conciencia. Y, de otro, porque esas mismas relaciones personales son los cauces o canales por los que los individuos reciben la inmensa mayoría de su experiencia.»

Pero, de momento, se limitó a analizar la forma dispersa y semidispersa de poblamiento, predominante en España: la aldea y el caserío. Pues bien, en ambos casos, la economía se distingue por la pequeña propiedad de la tierra, la identificación del hogar y la producción, la forma de explotación “artesanal” del campo, la sujeción extrema de los individuos y su apreciación positiva del propio modo de vida. Pero, por lo mismo, las claves del modo de ser de sus gentes son la reducción de las relaciones personales al grupo familiar y la seguridad que proporciona la propiedad.

Más tarde ilustró sus principales conclusiones al respecto con el estudio de «La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia»,<sup>7</sup> Fabero del Bierzo, su pueblo natal. Resaltó primero la obstrucción del diálogo por la disposición espacial de la vivienda, una educación dura y limitada a la propia familia y el individualismo subjetivo, así como la importancia del mundo ideal o representativo de la aldea, como trasunto del mundo real y un componente básico de la cultura popular. Y concluyó explicando la escasez de los temas y ocasiones para conversar por la rareza y la nimiedad del acontecer público y en razón de lo azaroso de los encuentros personales, con el bloqueo consiguiente de la capacidad de abstracción del individuo.

---

<sup>5</sup> Véase el Apéndice 3: «La disposición de la vivienda y su influencia en la creación de la subjetividad. Un proyecto de tesis doctoral».

<sup>6</sup> Véase el Apéndice 4: «Agrovillas y agrocidades».

<sup>7</sup> Los materiales fundamentales de este trabajo pertenecen a una obra preparada durante los años 1955 a 1965, sobre la base de recuerdos infantiles, enriquecidos y corregidos por una amplia serie de testimonios de personas de avanzada edad, aunque no se publicaría hasta mediados de los años 90 (*Los trabajos y los hombres. La desaparición de la cultura popular en Fabero del Bierzo*, Madrid, Endymion, 1996). Un trabajo posterior, complementario de ese libro, se ha incluido aquí como Apéndice 6: «De la casa larga centroeuropea a la casa con patio interior (con corral) de Fabero» (1997).

«En realidad, se hablaba poco, muy poco, lo mismo entre los familiares que entre los vecinos. Los campesinos de la aldea trabajaban mucho; con frecuencia, sin demasiada eficacia, pero siempre estaban haciendo algo. Las gentes de la aldea protoartesanal eran poco propensas a conversar demasiado, y eran poco apreciados los charlatanes, que podían estar mano sobre mano, dándole a la lengua.»

El tratamiento de esa misma problemática general en un trabajo posterior -«Norte-Sur: formas de convivencia y racionalidad»- es ya, en cambio, mucho más completo, y se orienta a demostrar tres tesis básicas: 1ª) la importancia determinante de las relaciones sociales (de los encuentros personales) en el desarrollo de la subjetividad (en razón del bloqueo o el fomento de la facilidad de palabra, la capacidad de abstracción -esto es. de la aptitud para desprender la experiencia de la acción- y la facultad de pensar); 2ª) cómo el factor determinante, generador, de esas tres actividades o cualidades propias y únicas del hombre, reside en la frecuencia de las relaciones personales significativas, trascendentes; y 3ª) cómo todo lo que favorece la frecuencia y la intensidad de las relaciones personales estimula y desarrolla la subjetividad y enriquece la personalidad, la libertad y la dignidad del hombre

«El origen y desarrollo de la personalidad residen en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista; y, a través de esa interacción, las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de sólo dos personas, será como si sólo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza, plural y polifacética, de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia -de conciencia- del individuo formado en tales condiciones sería manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga siempre cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.»

El trabajo es la clave del desarrollo del hombre y su medio, y la garantía de la reproducción de los hombres como fuerza de trabajo. Ahora bien, una vez garantizada la atención de las necesidades básicas, son los problemas de la producción de la subjetividad los que pasan al primer plano histórico. Por lo demás, la socialización consiste en la configuración de la conciencia (o sistema de respuestas a los estímulos de la sociedad vertebrada por la palabra) por el grupo de pertenencia del individuo. Pero la recepción de la experiencia se encuentra condicionada por la desigualdad social, desde la aparición de ésta, como obstáculo de la interacción comunicativa; el caso español, con el protagonismo histórico de las diferencias de religión en el medievo, y de las barreras de clase, de modo abierto después, lo ilustra bien.

En general, la vivienda y el trabajo son los principales factores que condicionan las formas de convivencia y, en última instancia, la formación de la personalidad. Pero hay que distinguir dos formas básicas de poblamiento, vecindad y convivencia (con dos subtipos característicos cada una): dispersa (caseríos y aldeas) y concentrada (agrovillas y megalópolis). Ahora bien, los rasgos socioculturales típicos de la población dispersa del norte peninsular son la propiedad, la identificación del hogar y la producción, la educación en el trabajo y en la sobriedad y la reducción de las relaciones personales

significativas a las familiares; y, por eso, los individuos son ante todo hombres de acción, y no de reflexión. En cambio, en las agrovillas del sur la forma de convivencia se distingue por la riqueza de las relaciones laborales, familiares y de vecindad, con la configuración consiguiente de personalidades realistas, solidarias y con conciencia de clase; y de ahí su significación histórica y actual en relación con el progreso de la solidaridad y la libertad, al ser la esencia del hombre la conquista de la libertad en cooperación con los demás, y las trabas a la solidaridad, el principal obstáculo a la libertad.

Por último, el estudio de la cuestión se completa con la investigación de «La ciudad como sistema de comunicación», encuadrándolo en el mismo marco teórico y temático general.

Ante todo, vuelven a compararse los efectos socioculturales y psíquicos del medio rural, representado por la forma de poblamiento disperso o semidiserso, y la forma de poblamiento concentrado, propia de la ciudad clásica o tradicional.

El poblamiento disperso o semidiserso dificulta las relaciones personales y perturba el desarrollo de la personalidad, al bloquear el desarrollo del pensar en razón de la escasez de encuentros personales, el aislamiento, la educación por imitación y la autosuficiencia del individuo; y, de ahí, el claro predominio del individuo impulsivo y activo sobre el reflexivo y racional. Aunque no sólo eso. La explotación, la opresión y la represión ejercidas con violencia por una clase sobre una población campesina obligan a ésta a tomar conciencia de sí misma, a sentirse como una “clase” oprimida, vejada y esclavizada; hacen brotar en sus individuos sentimientos de solidaridad que refuerzan su unidad; y, sobre todo, hacen que surjan *líderes* que, con una mayor claridad de pensamiento, iluminan las conciencias oprimidas de todos. Pero eso no puede ocurrir nunca en una población de pequeños campesinos “propietarios” de las parcelas que cultivan, aunque éstos estén al borde de morirse de hambre: falta la mano de hierro que estimule sus conciencias, les obligue a sentirse solidarios y los empuje a la unidad.

La ciudad constituye, en cambio, el marco ideal para el desarrollo de la comunicación y para la conformación y el enriquecimiento de la personalidad, en virtud del impulso de la alta frecuencia, fluidez y eficacia de las relaciones sociales significativas y del desarrollo consiguiente de la inteligencia y la libertad del individuo.<sup>8</sup>

«Como agrupación permanente de seres humanos, la ciudad tradicional o clásica -preelectrónica- (...) es el marco más adecuado y eficaz para el desarrollo de las relaciones humanas, personales, y para la configuración de las conciencias de los individuos. En ella todo está a favor de la reiteración y el afianzamiento de las relaciones personales, y, aún más, del perfeccionamiento de las mismas, puesto que favorece el desarrollo de las relaciones personales generales y la producción de relaciones por completo nuevas.»

En efecto. La ciudad es un entramado de nudos de comunicación. Todo es significativo en ella; más aún, comunicativo. Orienta a los hombres y les ayuda a fundamentar su personalidad. Pues, en tanto que en la aldea agrícola

---

<sup>8</sup> Véase el Apéndice 5: «Forma de poblamiento, relaciones personales y formación de la personalidad: el caso de la ciudad».

de subsistencia impera aún la naturaleza, en la ciudad domina la naturaleza transformada por el hombre en medio humano; y éste, en cuanto producto de la actividad del hombre, es coherente con la conducta y la conciencia humanas.

La ciudad fomenta el progreso de la cultura material y espiritual, con el progreso de la civilización. Porque, dado el número de sus moradores, se impone en ella la división del trabajo, que impulsa a su vez el desarrollo de la especialización, fundamento del desarrollo cultural y de todo progreso humano. Aunque con un coste muy grave, al limitar la especialización las tendencias del individuo a hacerse una idea del sentido universal de las cosas, en aras de la eficacia.

Pero hay algo más y aún más oneroso. Porque, en virtud precisamente de sus éxitos, la especialización se transforma muy pronto en el núcleo de la empresa como institución. Ésta fuerza el progreso técnico hasta hacerse con el dominio de los mercados y los clientes, reimpulsando la especialización. Y de ahí también su monopolio de la recogida, ordenación y diferenciación de la información, con la recaída consiguiente del individuo en un aislamiento total e inconsciente, al ver en los medios electrónicos de comunicación y de entretenimiento de masas (radio, televisión y demás), una ventana “más directa de las cosas”, cuando son en realidad una ventana ficticia y aisladora.

De modo que la conclusión social y política es bien clara; hay que redescubrir la ciudad clásica como marco óptimo de las relaciones personales y remodelar la ciudad actual conforme a ese modelo.

Madrid, 18 de octubre de 2012